

darío acevedo carmona

**CONFLICTO
ARMADO,
POBLACION CIVIL Y
NEUTRALIDAD
ACTIVA
EN COLOMBIA**

La guerra es un fenómeno de la cultura política cargado de múltiples sentidos, lógicas y significaciones y por tanto bastante complejo. Quizás, sea más pertinente hablar de las guerras, pues es evidente que no todas tienen las mismas características, ni la misma naturaleza, aunque es posible detectar en todas ellas elementos comunes. Como se puede ver por ejemplo, en la marcha de los ejércitos al campo de batalla: las tropas van imbuidas de ideales, cargadas de sentimientos, de pasiones, de creencias y de anhelos. Izan banderas, gritan consignas, realizan rituales, cantan himnos guerreros, escuchan las proclamas y las arengas de sus comandantes, juran vencer y aniquilar al enemigo, todo ello en nombre de una causa que es la que le da sentido a su guerra. Esa causa se traduce en unos discursos que difunden el imaginario justificatorio de la batalla, es decir, para ir a la guerra, se requiere de un cuerpo de razones que sirve de investidura espiritual a los combatientes: razones de Estado, de clase, de territorio, de religión, de ideologías políticas, de etnia, etc. La guerra ha sido y es, pues, un procedimiento justificado por los hombres para la resolución de sus diferencias, hay pensamientos que la sustentan como mecanismo para el logro de sus objetivos: el marxismo y el nazismo, por ejemplo. Es un hecho cultural en el sentido explicitado por Clifford Geertz⁽¹⁾, en cuanto el universo de los elementos que de ella hacen parte y se ponen en juego, están inscritos, a la manera de una urdimbre, en un contexto en el que los actos bélicos cobran una cierta significación y sentido. Pero de lo que se trata no es de realizar un ejercicio sobre los aspectos culturales de la guerra, lo que queremos plantear es que en los conflictos armados, los hombres arriesgan mucho más que su capacidad de destrucción. Los que van a la guerra saben que es fundamental para el triunfo de sus propósitos, la obtención del apoyo de la opinión pública y de la población civil, para ello apelan a la propaganda y a la persuasión, y cuando éstas no dan resultado, buscan neutralizar-

la o incluso van hasta el extremo de eliminar por la vía del terror colectivo a los grupos de pobladores que no los siguen o les son hostiles.

La importancia de la población civil se ha puesto de relieve en las guerras modernas y particularmente en las libradas en el siglo XX, cuyo sino ha sido, precisamente, la destrucción en gran escala de la vida de millones de civiles y de recursos materiales.

En Colombia se desarrolla un conflicto armado desde mediados de la década del 60 entre fuerzas insurgentes y oficiales. La evolución del mismo en los últimos años, ha representado para la población civil enormes y desgarradores sacrificios, puesto que los actores armados se han trezado en un duelo en el que la peor parte la llevan los ciudadanos desarmados. Por tal razón, muchos coinciden en catalogarlo como una guerra sucia, cuyos objetivos, de lado y lado, no suscitan entusiasmos colectivos de envergadura. La población civil ha tratado de aislarse de la confrontación apelando a diversos instrumentos y mecanismos que van desde la defensa de los Derechos Humanos hasta la conformación de comunidades de paz, zonas neutrales, plebiscitos de paz y la declaratoria de la neutralidad activa. Esta última, aplicada inicialmente por etnias indígenas de la zona de Urabá, y luego por comunidades campesinas de base, a la vez que instrumento de defensa y protección de la vida de los habitantes, es una postura desde la que se busca la gestación de espacios propicios para la solución negociada, evitando comprometerse en la contienda armada con algunos de los actores.

Para entender con mayor claridad la pertinencia de la postura de la neutralidad activa en las actuales circunstancias del país, es necesario referirnos a la naturaleza del conflicto armado que vivimos y sufrimos.

En primer lugar, consideramos que si bien el conflicto aún está anclado en motivaciones políticas y sociales, la justifi-

cación ideológica y los programas o proyectos que enarbolan los contendientes, han dejado de ser atractivos para el grueso de la población civil. En efecto, no se percibe entusiasmo, ni acogida, ni se dan significativas expresiones de júbilo popular por las ideas o por las banderas esgrimidas por los grupos beligerantes. Aquí no hay lugar a la esperanza de un mañana redentor como la que animó en otro momento y circunstancias al pueblo cubano, al nicaragüense o al vietnamita, para citar sólo unos casos recientes. Como tampoco el colombiano común y corriente, esperaríamos que el triunfo de las fuerzas regulares del Estado implique una mejora sustancial de sus condiciones de vida y de perfeccionamiento de la democracia. Esta es una guerra sin pueblo, a pesar del pueblo y contra el pueblo.

En segundo lugar, los bandos enfrentados pretenden asegurarse el control de algunas regiones apelando a las técnicas del pánico y el terror colectivo contra la población civil, con el propósito de conquistar franjas de poder, control de territorios o para acosar al adversario. Es decir, la población civil ha sido convertida en blanco de ataque como lo señalaba recientemente la investigadora María Teresa Uribe⁽²⁾ y como ha ocurrido en la mayoría de las grandes guerras modernas, según palabras del historiador Eric Hobsbawm en conferencia pronunciada en un foro de Amnistía Internacional en Londres en 1994⁽³⁾. En nuestro país, sin lugar a dudas, la confrontación bélica tiene un carácter altamente irregular, cuestión que se puede apreciar en el hecho de que el grueso de las víctimas proviene más de los civiles masacrados, que de la confrontación entre las huestes armadas.

En tercer lugar, el conflicto armado colombiano tiene todas las trazas de una guerra sucia por la violación sistemática del Derecho Internacional Humanitario y de los Derechos Humanos, por parte de insurgentes, paramilitares y fuerzas regulares del Estado. Ninguno de ellos puede exhi-

bir un prontuario ajeno a los atropellos condenados por la humanidad para casos de confrontación civil armada. Todos, de manera y en intensidad diversa, están atravesados por los vicios propios de una cultura política rica en intolerancia, por la corrupción que se deriva de ciertas prácticas delincuenciales, así como por los nexos con el narcotráfico.

En cuarto lugar, esta guerra se ha ido tornando en un pesado fardo que nadie quiere ni desea cargar, en un juego macabro de destrucción de vidas, recursos materiales y de normas de convivencia, en una hoguera de sacrificios inútiles y de rumbos imprecisos, pero en todo caso de consecuencias depredadoras. Es un conflicto que se degrada hasta la ignominia de considerar que el fin justifica los medios. Aquí no hay líderes carismáticos ni ideas, ni creencias, ni proyectos que susciten el apoyo fervoroso de las multitudes, no hay himnos de guerra, no cantamos "Mambrú se fue a la guerra", ni el "vengo a decirle adiós a los muchachos" de Daniel Santos. No se da, como en otras experiencias de guerra, la fraternización entre los ejércitos y la población civil a partir de mediaciones simbólicas e imaginarios que contengan el anhelo y la esperanza y que permitan mirar con fe la posibilidad del triunfo y de un nuevo amanecer. Es una guerra cultural, ideológica y políticamente pobre, miserable si se quiere.

Es comprensible, por tanto, que desde la población civil surjan expresiones vitales contra este conflicto, como la que hoy convoca a importantes núcleos de la sociedad colombiana. La neutralidad activa no es un embeleco teórico, ni un embrollo intelectual, no es la expresión de un falso pacifismo. Es una respuesta, una entre algunas, que sintetiza el cansancio con una guerra excesivamente larga, destructiva, cruel, confusa en sus objetivos y sin horizontes confiables. La población civil, al apelar a la neutralidad activa está indicando que ya no cree en el camino de las armas para la conquista de mejores condi-

ciones de vida y para avanzar en el ejercicio de la democracia participativa. Es un mecanismo que promueve la participación ciudadana, la solidaridad y a través del cual se está haciendo pedagogía sobre la necesidad de aferrarnos a la negociación política como la fórmula ideal para lograr la reconciliación entre los colombianos y dar término a la conflagración. Es una iniciativa que sin dejar de condenar y de criticar las violaciones al D. I. H. y a los DD. HH., se propone generar espacios de acercamiento entre los contendientes. Así mismo, considera que la degradación de las hostilidades es factor que enturbia y dificulta las posibilidades de humanizarlo y de concertar su conclusión.

Pero, hay otras consideraciones con respecto a la neutralidad activa que es necesario precisar para evitar los equívocos que se derivan de una improcedente utilización de este instrumento por parte del Estado:

1. La neutralidad activa es una iniciativa de la población civil que reconoce la presencia de diversos protagonistas en el conflicto armado: guerrilleros, paramilitares y fuerzas armadas del Estado. Su adopción implica una claridad total en cuanto a no tomar partido en lo concerniente a las hostilidades armadas, ni directa ni indirectamente, ni omitir a alguno de ellos en la declaración.
2. La campaña en pro de la neutralidad activa adelantada por sectores estatales, distorsiona el proceso que hasta ahora y con relativo éxito han desarrollado las comunidades de manera autónoma, por las siguientes razones:
 - Es un contrasentido que altos dirigentes del Estado, del nivel ejecutivo, que tienen a su cargo funciones de orden público relacionadas con la guerra, impulsen la neutralidad, cuando su deber es crear las condiciones para la negociación política y si ello no es viable, enfrentar la situación con propuestas que apunten al fortalecimiento del Estado y con arreglo al D. I. H.

— Es una distorsión de su espíritu, por cuanto quien es protagonista y parte del conflicto, no puede promoverla sin suscitar la desconfianza del adversario. Si la iniciativa le parece importante su deber es respetarla en toda su integridad y dejarse afectar por su invitación a la negociación y por su contenido de pedagogía política de la tolerancia.

— Es un peligro para la vida de los pobladores por cuanto el apoyo oficial puede ser visto por los insurgentes como un acto de hostilidad en su contra y puede dar lugar a pretextos para la realización de acciones punitivas contra las comunidades.

— Es una política evasiva en cuanto el Estado se desentiende de las acciones irregulares cometidas por sus fuerzas armadas contra la población civil, que es una de las causas por las cuales, son conside-

radas como parte del problema y ante las cuales es válida la neutralidad.

— Y por último, porque el impulso a la neutralidad activa ha ido de la mano con el estímulo a asociaciones civiles de seguridad (organizaciones de civiles armados, entre cuyas funciones se encuentran las de hacer inteligencia no sólo contra la delincuencia sino también, contra las fuerzas insurgentes; muy parecidas a las "rondas campesinas" del Perú), que representan el armamento de sectores civiles, es decir, todo lo contrario a la esencia de la neutralidad que consiste en sustraer a éstos de las hostilidades militares.

En suma, la neutralidad activa en manos de alguno de los bandos pierde eficacia y confiabilidad y deja de ser útil como instrumento para encontrar el camino de la anhelada reconciliación entre los colombianos.

NOTAS

1. Geertz, Clifford. *La interpretación de las culturas*. Gedisa Edit. Barcelona, 1990.

2. Uribe de H., María Teresa, "Antioquia entre la guerra y la paz" ponencia en el seminario-taller "Lo Nacional y lo Regional frente a la problemática de la guerra y la paz"

realizado en Rionegro, Antioquia los días 13 y 14 de marzo de 1997.

3. Hobsbaum, Eric. "La barbarie del siglo XX", conferencia pronunciada en Oxford en un ciclo sobre Derechos Humanos, organizado por Amnistía Internacional en 1994.